

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

NAVARRO TOMAS, TOMAS.—**El español en Puerto Rico. Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana.** Universidad de Puerto Rico. Río Piedras, 1948, 346 páginas + 75 mapas.

Aunque con bastante retraso ha llegado a nuestras manos un libro del eminente profesor Navarro Tomás, que por su importancia para la dialectología hispánica merece un comentario en cualquier revista que consagre sus páginas a cuestiones lingüísticas. Nos referimos a la obra *El español en Puerto Rico* que vio la luz en el año 1948.

Como su título indica, se trata de un estudio muy completo del español que se habla en los medios rurales de la isla de Puerto Rico, esta isla un día tan española y que actualmente corre grave riesgo de quedar separada del mundo cultural de la hispanidad.

El español de América, dentro de una indiscutible unidad determinada por factores histórico-culturales comunes, presenta grandes diferencias, sobre todo de orden fonético, de unos países a otros. El profesor Henríquez Ureña, que con tanto cariño y profundidad estudió las cosas de América y de España, basándose en estas diferencias pudo establecer cinco amplias zonas lingüísticas en Hispano-América: mejicana, antillana, andina, chilena, y platense. Según este esquema, el habla de Puerto Rico pertenece a la zona antillana.

Del español de esta isla sabíamos ya algo por los diversos trabajos anteriores a éste, entre los que debe mencionarse al *Vocabulario* de A. Malaret, pero es preciso admitir que ninguno de ellos satisfacía plenamente al lingüista de hoy ni por los métodos empleados en su ejecución ni por los resultados. Cabe, pues, el honor a Navarro Tomás de ser el primero en acometer el estudio del habla puertorriqueña sirviéndose del mejor método de que dispone la dialectología actual: el geográfico lingüístico. Nuestro gran fonetista ha comprendido que los estudios de las hablas de América Española solo pueden tener verdadero valor considerándolas en relación con la geografía. Como el mismo Navarro dice «sin un cuidadoso examen geográfico se sustraen u ocultan a nuestros ojos muchos factores que intervienen en los problemas que la lingüística trata de explicar».

Aprovechando su estancia en Puerto Rico, como profesor visitante de su Universidad, Navarro Tomás realizó el estudio lingüístico de 43 localidades con el propósito de hacer más tarde el Atlas lingüístico de la isla. Aquellos materiales tan fielmente recogidos, allá por los años 1927 y 1928 no pudieron ser publicados hasta 20 años después, en que circunstancias bien conocidas llevaron de nuevo al ilustre fonetista español a tierras de América. Fruto de esta segunda etapa de dedicación al lenguaje de Puerto Rico es el libro que comentamos.

Pero antes de dar una idea del contenido de esta obra conviene decir que el profesor Navarro no ha pretendido hacer un estudio exhaustivo de ninguna localidad, ni de ningún tema lingüístico determinado. Sus materiales son los que ha conseguido mediante encuestas con cuestionario en los 43 pueblos que habrían de figurar en el Atlas puertorriqueño. Es natural, pues, que quedasen muchas cuestiones de interés fuera del campo de su observación, como él mismo reconoce. Pero lo que sí ha querido darnos con esos materiales es una visión general, lo más exacta posible, del hablar isleño y a la vez hacer que su trabajo sirviese de ejemplo y estímulo para futuros investigadores de Hispano-América. Para proporcionarnos esta visión de conjunto no se limita a presentar unos datos escuetos, sino que se cuida de consignar en cada caso las circunstancias que han podido determinar el hecho lingüístico.

Su deseo de rigurosa sistematización le lleva además a hacer frecuente uso de datos estadísticos, con los que el lector se forma más clara idea del estado de un fenómeno, del retroceso o avance de una tendencia lingüística.

Aunque todo el libro ofrece un interés innegable, incluso las Notas Preliminares, quizás la parte principal sea la dedicada a la descripción de las vocales y consonantes que ha registrado. El detenido análisis fonético que el autor hace nos permite conocer que la *a*, aun siendo en lo fundamental igual a la española,

presenta en muchas partes una marcada tendencia a la palatalización. La *d* media y la de matiz velar—que también existen—se oyen solo en el interior de la isla.

Contrariamente al español actual, la *e* suele abrirse ante nasal (*entra*) y hasta ante palatal (*leche*), especialmente en el habla de los medios urbanos.

Señala Navarro Tomás que el grado máximo de abertura de *e* y *o* ocurre en sílaba trabada por aspiración (de *s* y *z*), y que la diferencia de timbre de estas vocales tiene en ocasiones valor fonológico por cuanto sirve para diferenciar formas aparentemente homófonas (*pie*, *pie^h*, *ve*, *ve^h*), fenómeno éste que dentro de España se da también con enorme regularidad en el dialecto andaluz de algunas comarcas, v. g. en la región de Cabra (Córdoba).

Obsérvase en el vocalismo puertorriqueño una curiosa inflexión de dirección contraria a la comunmente conocida. Aquí no es la vocal final cerrada la que inflexiona a la tónica sino al revés: es la acentuada cerrada la que modifica el timbre de la final cerrándola. La *e* se oye como *i* (*dulci*, *pidi*) y la *o* como *u* (*nudu*, *martillu*). Este hecho se registra preferentemente en la zona occidental de la isla.

La insistente presencia del oscurecimiento de las finales *e* y *o* en *i* y *u* hace pensar a Navarro Tomás en la posibilidad de una influencia gallego asturiana ejercida por antiguas familias de labradores del Norte de España, asentadas en esta parte.

No deja de ser curiosa la propensión al ensordecimiento de las vocales en posición final ante pausa, cuando siguen a consonante sorda. En algunos casos el grado de ensordecimiento es tal que en ocasiones ya no se oye la vocal en palabras como *lech*, *noch*, *och*. (Pág. 51).

Navarro, por último, resume el vocalismo puertorriqueño diciendo que «aunque mantiene con claridad los tipos fundamentales del idioma [español], muestra considerable entrecruzamiento de tendencias distintas en lo que se refiere a la pronunciación de los fonemas» (pág. 52). No solo esto—añadiríamos nosotros—, sino que además esas tendencias las lleva mucho más lejos que cualquiera de las hablas populares de España, pues ni siquiera el andaluz, con quien tiene más semejanza, llega a perder por ensordecimiento y relajación la vocal final en palabras como *leche* y *noche*.

En los grupos vocálicos llama fuertemente la atención la dislocación del acento en formas como *pietra*, *púerta*, *cúatro*. Esta pronunciación de un diptongo con el acento en el primer elemento, dentro de los dialectos hispánicos sólo habíamos logrado oirla en algunas regiones del asturiano-leonés occidental y en varios puntos de la provincia de Alava v. g. (en Ozaeta) (*pié*).

Concuerta el puertorriqueño de algunas partes con el andaluz en la abertura de la *r* en las formas *vainte*, *trainla*, y con el aragonés y el castellano vulgar de algunas comarcãs (v. g. Tardajos. Soria) en la palatalización de la *a* en palabras como *beite*, *eire*.

«El rasgo general de las consonantes en la pronunciación puertorriqueña, es la suavidad de su timbre y su tensión débil». Ello explica la caída de la *d* interior (*picúa*, *maeja*, *caena*), su vocalización en voces como *pieiras*, *pairino*, o su reducción detrás de *n* (*granne* < *grande*), la igualación de *l* y *r* final de sílaba en un fonema único, que en unas partes es *l* y en otras *r* o un sonido intermedio.

Aunque todavía viven algunos arcaismos con *f* (*ferro*), lo corriente es que la *f* latina esté representada por la aspiración, si bien ésta no tiene la misma vitalidad en todas las palabras.

Tres clases de *s* ha observado Navarro Tomás en esta isla: coronal-plana, predorsal convexa y apico alveolar. La variante que predomina parece ser la coronal, que es semejante a la que se encuentra en el Sur y Oeste de España en zonas de transición lingüística. La *s* final de sílaba y de palabra se aspira como en Andalucía y la mayor parte de Hispano-América.

Describe con gran precisión las distintas variantes de *rr*, subrayando el hecho curioso de que la más abundante es la velar, que se diferencia de la francesa y alemana en que tiende a la fricación y al ensordecimiento. Como explicación provisional de esta *rr* velar propone Navarro Tomás la de que acaso sea «efecto de la acomodación del sonido castellano al medio indígena y mestizo, bajo alguna influencia especial de la fonética boricua».

Con ayuda de palatogramas y quimogramas nos da a conocer la naturaleza de las articulaciones palatales y en especial de la *ch* adherente, dorsal, en la que apenas se percibe el elemento fricativo y que también puede ser considerada «como modificación del sonido castellano entre la población indígena hispanizada».

Los datos del capítulo *Observaciones gramaticales* son más escasos que los de la parte de fonética, y se comprende que sea así, porque la observación de las particularidades morfológicas y sintácticas requieren una permanencia mucho mayor en cada localidad, como el propio Navarro reconoce. Podemos ver sin embargo, que en la formación nominal predominan los nombres de acción del tipo *atareo*, *hofeteo*, *faroleo*. Entre los sufijos abundan *-ura* para ideas de condición natural, o disposición de personas o cosas (*sabrosura*); *-ngo, a*, de ascendencia negra (*muchitanga*, *pendango*) con idea desvalorativa; *-ito* para formaciones de diminutivo.

En el pronombre son curiosas las formas *sise, nose*, equivalentes a 'sí señor', 'no señor', en las que el *se* enclítico es una reducción máxima de la palabra *señor*.

En el verbo se registran formas anómalas con relación al español literario como *enriedan, salirá, teníanos, estábanos, cabió* 'cupó'; la acentuación esdrújula del subjuntivo *diganos, pónqanos, báqanos* alterna con la paroxítona. Finalmente en la parte de sintaxis ofrece gran interés la concordancia del gerundio con su complemento enclítico (*quemándala, peinándala*); y la forma *ge* del pronombre *se*, (*ge lo comió, que ge cayó*) explicable por evolución fonética de la *s* y no como conservación del antiguo *gelo*.

En el capítulo de *Materiales lexicográficos* estudia varias palabras referentes a plantas y frutos, a animales y al trabajo. Y a base de los materiales recogidos, léxicos y no léxicos, establece N. Tomás varias *zonas lingüísticas* en las que va encuadrando las áreas de las determinadas variantes, rara vez coincidentes.

No se ha olvidado tampoco el autor de este trabajo de decirnos algo acerca de las *corrientes y tendencias* que se observan en el lenguaje puertorriqueño, subrayando sobre todos los factores de indigenismo, adaptación de nombres españoles a usos diferentes (v. g. llamar *capitán* a un pez grande), invención, arcaísmo, etc.

Ciertamente la lectura del estudio de Navarro nos descubre que el habla de Puerto Rico contiene un sinfín de variantes fonéticas y de elementos léxicos heterogéneos. El mismo N. Tomás se sorprende de que existan tantos nombres para designar un mismo objeto, (v. g. los del 'machete', el timón del arado', 'el cubo de la rueda'), en un territorio tan reducido como esta isla. Pero esta gran variedad no es síntoma de decadencia, ni de anárquica descomposición idiomática, sino de riqueza expresiva y también resultado o consecuencia de determinadas condiciones histórico culturales y geográficas. «El español de Puerto Rico—afirma Navarro—mantiene con firmeza su estructura gramatical y el vocabulario básico del idioma», afirmación esta que seguramente proporcionará tranquilidad y satisfacción a aquellos isleños que temen por la suerte de su lengua española.

He aquí en líneas generales el contenido de este libro, modelo de método y de claridad expositiva. Una sola objeción quisieramos hacerle, y es que echamos de menos que los ejemplos del texto no vinieran acompañados, en ocasiones, de la correspondiente transcripción fonética. N. Tomás, posiblemente ha adoptado la ortografía corriente con objeto de hacer asequible el libro al mayor número de personas. Criterio en verdad muy respetable. Pero creemos que esto lo hubiera logrado lo mismo aunque incluyese, entre paréntesis, la transcripción fonética de la palabra, por lo menos en aquellos ejemplos que más lo requieran:

timbre de vocales, aspiración de *s* y de *h*, la *f*, variantes de *rr*, etc. Con ello se facilitaba la labor del lingüista ayudándole a la más rápida comprensión de formas como *comprates*, sin que el libro perdiese en claridad y amenidad.

Por lo que se refiere a las formas *comprates*, *vites*, entiende Navarro que la *-s* final se debe a trasposición de la *s* interior. Sin negar que ello pueda ser así, nosotros preferiríamos otra explicación. Acaso ésta: la pérdida de la *s* interior puede deberse a simple asimilación a la *t* siguiente (*-st > bt > t*), en cuyo caso la tenue aspiración final que aun se percibe sería el último vestigio de la *s* analógica, tan frecuente en el habla vulgar de muchas regiones hispánicas. Recuérdese que una situación idéntica se encuentra en Andalucía, con las formas *bubite*, *trujite* (Vid. *El habla de Cibra. Notas de Morfología*, § 14).

Fuera ya del estudio lingüístico propiamente dicho, se ocupa Navarro de la *influencia del inglés* en el español de Puerto Rico, problema que ha surgido como consecuencia de haber pasado esta isla a depender políticamente de los Estados Unidos. El problema se agudiza con la emigración masiva a Nueva York, donde se calcula que viven unos 400.000 puertorriqueños. Navarro Tomás, como muchos isleños, ve la situación de peligro en que se encuentra el español, y no vacila en decir que aprecia «un notorio descenso» con relación a 20 años antes. ¿Qué hacer en este caso? Navarro, que sin duda lamenta el hecho como el que más, no increpa a nadie, sino que reacciona serenamente y en unas palabras que tienen tanto de admonición como de consejo dice a los habitantes de la isla: «El puertorriqueño necesita tener clara conciencia de que la suerte del español de su país depende del interés, cuidado y esmero con que los mismos puertorriqueños lo hablen».

Completan esta excelente obra unos textos fonéticos, como ejemplo de la pronunciación popular puertorriqueña, y un Atlas de 75 mapas, de los cuales dos contienen los nombres de los municipios y pueblos estudiados, 68 corresponden a otras tantas preguntas del cuestionario y cinco a las zonas lingüísticas que establece. Un índice final de palabras facilita la rápida utilización de este estudio.

* * *

Decíamos al principio de esta nota que el libro de Navarro Tomás, además del interés científico, tenía el de servir de modelo y acicate para estudios ulteriores en el campo lingüístico hispanoamericano. En efecto así ha sido. Ya han aparecido en Hispanoamérica algunos estudios de esta clase siguiendo el ejem-

plo de Navarro Tomás y sirviéndose de su magnífico *Cuestionario lingüístico hispanoamericano*, agotado al poco tiempo de publicarse. Sabemos también que estudiosos de varias repúblicas se preparan para realizar amplios estudios lingüísticos en sus países. Navarro Tomás de este modo proyecta su influencia profesional por tierras de América, en una escala mucho mayor de lo que pudiera pensarse.

Si por un lado es de lamentar que el magisterio de Navarro Tomás—pues este profesor es un auténtico maestro—se haya interrumpido aquí en España, por otro nos cabe el consuelo—y a él la satisfacción—de ver que lo está continuando, con evidente provecho, en los países hermanos de América.

Muchos jóvenes hispanoamericanos, aprovechando la coyuntura de hallarse Navarro en América se han acercado a él para recibir de él las enseñanzas que les permitan marchar luego solos en las tareas que les aguardan en sus respectivos países. Considerada así la actividad filológica y humana de Navarro Tomás, habremos de reconocer, con orgullo, que sigue, como siempre al servicio de la hispanidad. Pero ¡ay! el vacío que dejó en España no se ha llenado todavía.

L. R. CASTELLANO

RODRIGUEZ-CASTELLANO, LORENZO.— **La variedad dialectal del alto Aller.**—Con una carta-prólogo de Ramón Menéndez Pidal. Oviedo. Instituto de Estudios Asturianos. (Imp. «La Cruz»), 1952, 3 hoj. + 349 página + 1 hoj. + V lám. + 2 map. 21 cm.

El autor ha hecho un precioso estudio dialectal de una zona del asturiano hablado en los tres pueblos Felechosa, Casomera y Villar, del alto valle del río Aller. La densidad de población—relativamente alta—de estas tres localidades ha determinado la conservación de muchos rasgos típicos arcaicos del habla, que se defiende, por su uso extendido, de las innovaciones del bable central o del castellano, conocido y usado en régimen de bilingüismo por casi todos los habitantes.

La introducción es una breve caracterización de geografía humana y una re-

ferencia histórica de la comarca. El estudio lingüístico sigue las líneas generales de exposición de los trabajos de la escuela de Menéndez Pidal, a la que R.-C. se declara orgullosamente perteneciente. Describe las particularidades de los sonidos no comunes con el castellano actual, y luego hace la filiación fonético-histórica de los sonidos—vocales y consonantes—del dialecto. Es sonido característico de la región—aunque sin duda, no exclusivo de ella—el africado sordo semicacuminal, resultado de L-, LL- latinas, a que R.-C. ha consagrado un estudio especial en los *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, IV, págs. 201-238. Casi tanto como la parte fonética ocupa el estudio de la Morfología. Son más breves la Sintaxis y el Léxico, para cuyo estudio más amplio hubiera necesitado el autor mayor tiempo de permanencia en los pueblos estudiados.

La variedad dialectal de Aller tiene rasgos fonéticos que la hacen clasificable como bable occidental, junto a otros que la incluyen en el bable central; y al mismo tiempo, por ejemplo, un resultado para los grupos iniciales PL-, CL-, FL-, del latín vulgar (*yorare, yave, yama*) distintos de los comunes *ch-, ll-*, del bable occidental y del central (y castellano), que la individualizan como subdialecto o bable especial. Anotamos que R.-C. llama fricativo al sonido de referencia (§ 52), pero emplea indistintamente los signos fonéticos de la *y* africana y fricativa. Creo que debe ser africana, como dice M. Pidal en la carta-prólogo, al exponer otra duda sobre este sonido, que queda sin contestación por el autor: el libro estaría ya impreso al componerse el prólogo.

En el capítulo de la Morfología, estudia con minuciosidad los fenómenos gramaticales del dialecto, deteniéndose especialmente en el análisis del verbo, que ofrece gran interés, con muchos rasgos arcaicos y tratamientos fonéticos particulares. En la Sintaxis, R.-C. aprovecha cuidadosamente sus apuntaciones, que él confiesa accidentales, y las expone en forma que puede ser útil para comparación con los rasgos de otros dialectos.

Unos pocos cantares y cuentos que recoge el autor como textos fonéticos, van acompañados de su transcripción íntegra. Igualmente llevan adjunta la transcripción todas las palabras del Vocabulario. En éste, el autor presenta las voces en la forma propugnada por Wartburg, clasificadas por materias—aparte un pequeño grupo de inclasificables y los topónimos menores de la región—; pero, naturalmente, hay luego un índice alfabético de estas voces y de las tratadas especialmente como ejemplos de fonética y morfología. A cada grupo lexical precede un párrafo de orientación sobre lo que son las cosas a que se refieren las palabras, como es de rigor en el estudio del vocabulario rural. Van intercalados algunos sencillos dibujos de los utensilios más importantes, como necesaria ilus-

tración al vocabulario, y unas fotografías de los pueblos y de los tipos, para mostrar el paisaje, la arquitectura y la indumentaria personal.

La escrupulosidad y competencia con que está tratada la parte fonética y gramatical del dialecto, creo que redimen sobradamente al autor de una posible censura por escasez en el Vocabulario. No se propuso hacer un léxico dialectal sino un examen filológico, y ha de considerarse la parte lexicográfica del libro simplemente como una ampliación para complemento de las otras.

La región dialectal está acertadamente elegida, y R.-C. ha hecho muy bien la recogida y la exposición del rico material lingüístico que en aquélla se da. Es un libro de que puede sacar mucho provecho el especialista, por la gran cantidad de particularidades interesantes en él recogidas, y una buena introducción para quien quiera iniciarse en el estudio de la Dialectología.

FERNANDO HUARTE

JOSE FERRATER MORA. — **El hombre en la encrucijada**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1952.

En el año 1935 apareció en Madrid un libro marcadamente influenciado por Eugenio D' Ors, cuyo título rezaba: «Coctel de verdad». Su autor se lanzaba primerizo al acaecer publicitario. Era un estudiante catalán radicado, por aquel entonces, a la vera de la Universidad Central. Desde aquellos días transcurrieron años decisivos para la cultura española, y el joven que buscaba los reflejos del saber filosófico madrileño — Ortega, Zubiri, Morente, Gaos — se trasmutó en hombre original tras las amargas frondas del exilio.

Hoy, después de diez y ocho años, José Ferrater Mora, añade a la lista comenzada con «Coctel de verdad» libros decisivos para la historia del pensamiento actual. Su «Diccionario filosófico», —el único escrito hasta ahora con rigor científico en lengua española— penetra ya en la fama de las ediciones múltiples y verdaderas.

José Ferrater Mora, es, acaso, el escritor de más empuje, de más sólida formación cultural, y de más amplias miras, de cuantos llegaron al renombre rumiando añoranzas españolas por tierras de ultramar. Detrás de cada una de sus

páginas, en ese anverso ideal reservado para las autoconfesiones, sentimos su entera hombría bañada de españolidad.

Ferrater es autor ya de varios libros. En uno de ellos se ha enfrentado dialécticamente con la muerte—nuevo cuño racial—mirándola cara a cara con castizo reto cristiano, para ver tras ella, en su profundidad ontológica, todo el tremendo y terrible problematismo humano. Debido a ello es de los escritores que más hondo caló en la vida del agónico rector salamantino. Su contribución a la bibliografía unamuniana resulta capital, aunándose, como jalón imprescindible, a la de Julián Marías para compendiar la aportación española al estudio de don Miguel de Unamuno.

Si lo dicho hasta aquí no fuese suficiente para perfilar méritos en la figura de Ferrater, su último libro llegado a España, «El hombre en la encrucijada», le situaría de lleno en la actualidad angustiada del momento. Se trata de un libro serio; de un libro excepcional. Con dejo orteguiano plantea el problema: ¿Qué hace el hombre, cómo vive, cuando ve que su contorno se cuarteja por los impactos de las quiebras «existenciales»? Nuestra vida, nuestro peculiar «modo de vivir», se peralta siempre sobre una serie de creencias que le confieren contorno unívoco, en las que nos situamos. Pero ocurre que esas creencias, a veces, comienzan a llenarse de fisuras, pierden vigor, se nos hacen extrañas, mortificando nuestro contorno. Se necesita, por ende, un acto de asepsia espiritual, para arrojarlas por la borda como lastre inservible. Pero una vez enajenadas es preciso rellenar su oquedad, buscar otras nuevas que las sustituyan...

Hay, por tanto, una historia sumamente atractiva, poco frecuentada por los hombres de letras. Es, sin duda, la historia del perfil dramático más concreto y entrañable de cuantas el hombre pueda concebir. Y es, precisamente, esa historia la que Ferrater Mora nos ofrece ahora en su estudio, bien que circunscrita, únicamente, al mundo occidental. Comienza en Grecia para terminar en nuestros días.

Resultaría difícil analizar, aunque sólo fuese sumariamente, «El hombre en la encrucijada». A lo largo del despliegue histórico realizado por el escritor vemos como el hombre ensaya, afanoso, posturas cómodas para su vivir. ¿Pero el repertorio de esas posturas, de esas actitudes, donde lo encuentra? Periclitado un sistema de creencias siente la urgencia de entronizar otras nuevas, porque necesita en todo momento saber a qué atenerse, y el hombre únicamente puede atenerse a sus creencias, aunque éstas, en situaciones límites, se tiñan de matiz negativo. A lo largo del libro de Ferrater asistimos a una metamorfosis sumamente

curiosa: vemos cómo ideas formuladas en ámbitos de estricto saber científico derraman su contenido en moldes de cotidiana vida.

La coyuntura histórica de cada crisis—con toda la irracionalidad que en las crisis gravita—se resuelve casi siempre en fórmulas de beatería. Doctrinas filosóficas o religiosas—relajándose—vulgarizan su contenido para hacerse manjar de mayorías. Se vive «desde» una doctrina ajena que aceptamos por comodidad, pero cuyo profundo contenido ignoramos. De ahí el halo perturbador que festonea todas las crisis.

La crisis es el resultado de un fracaso, de que algo falla en nuestras creencias, y hay siempre en ella el misterio de las interrogaciones. Cuando sentimos marchitarse las creencias que sustentaban nuestro vivir, el primer fenómeno que se nos ofrece es el de el deslumbramiento. Nos transformamos en hombres deslumbrados; en hombres sin luz. Y, naturalmente, nos agarramos a lo primero que encontramos, porque necesitamos asirnos a algo para la seguridad provisional de nuestros pasos; a algo que se halle en nuestro alrededor. Una de las cosas que arroja la angustia de nuestro vivir son las ideas que los hombres geniales se sacan de la cabeza... ¡En ellas hay, por lo menos, una solución!

Ahora, bien: esas ideas que recogemos, prestadas, en nuestra proximidad vital, ¿cómo las «vivimos»? Sencillamente: ¡convirtiéndolas en creencias! El estoicismo como sistema filosófico está constituido por unas cuantas ideas elementales sólidamente articuladas en radical significación, mientras que el estoicismo como creencia, como forma de vida, es la norma peculiar a que se ajusta un «modo de vivir» en sus reacciones externas... Esta transformación de ideas en creencias, continuo a lo largo de las crisis, es pesquisado con tino sagaz por Ferrater en el libro que nos ocupa.

El libro consta de dos partes. En la primera se describen los momentos de crisis en el mundo antiguo. La segunda parte, reservada para la época moderna, estudia el fenómeno desde su esencia, adentrándose en él con ademán comprensivo. Es, por ello, la parte más dramática, y, también, la más enjundiosa del libro.

Sería interminable analizar, o aun sólo reseñar, cuanto hay en «El hombre en la encrucijada». Dejémosle, pues, en esta breve nota expresiva del entusiasmo que su lectura nos produjo, tanto por la profundidad del pensamiento, como por la novedad que encarna. Y por la sencillez y claridad de su exposición.

J. VILLA PASTUR

HENRI DELPORTE.—**Note préliminaire sur la stratigraphie et l'industrie de Chatelperron (Allier).** Montbrison (Loire) 1952, 5 págs. y III láms.

Es interesante y provechoso excavar de nuevo en las estaciones clásicas, siempre—claro está—que haya posibilidad de hacerlo todavía. Nuestros medios actuales y un mayor número de conocimientos nos permiten precisar más en el estudio del contenido cultural de estos yacimientos. Este es el caso de Chatelperron que fué excavada hacia 1860 por Poirrier, quien solo se interesó por la fauna y hacia 1870 por el Dr. Bailleau que publicó la industria lítica. Recientemente Mr. H. Delporte ha podido realizar excavaciones en depósitos que ocupan una posición periférica respecto de los importantes hogares excavados por Bailleau y aunque la importancia de las nuevas excavaciones es en cierto modo restringida, sin embargo han permitido al autor emitir algunas nuevas consideraciones sobre el conjunto industrial de Chatelperron que había sido caracterizado por una mezcla de elementos del Paleolítico inferior (bifaces, raederas y puntas musterienses) y formas del Paleolítico superior (hojas de tipos diversos, raspadores, buriles) y ha sido denominado «industria tipo Chatelperron», Auriñaciense inferior, Perigordense I y Chatelperroniense (nombre que Mr. Delporte preferiría cambiar en «castelperroniense»).

El A. ha estudiado los materiales de la zona que él ha denominado «Grotte Effondrée» cuyos estratos presentan un espesor variable entre 2'20 m. y 3'50 m. cuya sucesión es la siguiente:

- a) Capa vegetal (0'30 m. espesor medío).
- b) Capa de arcilla calcárea amarilla oscura, muy granulosa, con pequeños elementos calcáreos con ángulos vivos. Espesor entre 1'10 m. y 1'50 m. Se encuentra recorrida toda ella por una serie de niveles subhorizontales, coloreados de rojo, más o menos claros y continuos. La industria se encuentra exclusivamente en estos niveles o en contacto con ellos. Se han distinguido cinco niveles principales, cuya importancia y claridad crecen a medida que se profundiza.
- c) Capa arcillosa más compacta y homogénea, con bloques calcáreos a veces voluminosos y redondeados. No ofrecía ningún nivel rojo, sino núcleos poco importantes de masas óseas carbonizadas. Las piezas trabajadas se encuentran repartidas por toda la capa, cuyo espesor es de 0'50 m. a 1'50 m.

La fauna se compone de caballo (muy abundante), bóvidos y reno (menos

abundante), zorro, lobo, hiena, oso de las cavernas, oso gris (raro), ciervo (elaphus), jabalí, mamut y rinoceronte.

La industria de la capa inferior se compone de una biface, lasca de levallois con retoque, raederas, puntas o lascas apuntadas, lasca en cuchillo, proto-buriles y algunos fragmentos óseos, que presentan signos de utilización. La técnica responde a planos lisos y facetados, lascas de estilo levallois y otras clacto-taya-cienses: Conjunto que el A. caracteriza como perteneciente a un Musteriense superior evolucionado.

La industria de la capa superior es más variada y contrariamente a lo que sugieren los trabajos de Bailleau y en oposición a lo constatado en algunos yacimientos del Sudoeste de Francia, esta industria es netamente del Paleolítico superior, no encontrándose en ella ninguna forma típica del Musteriense (ni raederas, puntas o bifaces), siendo perfectamente observable un cambio radical en la técnica. Hechos estos contrarios a lo observado en La Ferrassie donde Peyrony anotó que el Périgordense I parecía prolongar el nivel musteriense al que se sobreponía. Se observa además una cierta influencia auriniaciense típica (un raspador carenado y otro en extremo de hoja) que se confirma con las puntas de hueso de base hendida encontradas en las excavaciones de Bailleau. Esta convivencia del Chatelperroniense con elementos auriniacienses es muy interesante y vendría en apoyo de la hipótesis de Saint-Périer sobre el origen común de ambas culturas. (Vid. mi recensión al trabajo de los Saint-Périer «La grotte d'Isturitz» en este mismo número).

El conjunto industrial de la capa superior está formado por hojas de borde rebajado tipo Chatelperron, que se encuentran preferentemente en los niveles inferiores, mientras que en todos se encuentran hojas de borde rebajado con retoque corto, pero no abrupto. En la zona inferior del estrato se ha encontrado una hoja grosera y recta, con el borde ligeramente rebajado, que recuerda el tipo de Chatelperron, pero a la cual conviene «el neologismo de proto Chatelperron» y que no es tampoco una punta del tipo Abri-Audi. Aparte de las hojas típicas son de notar una hoja Chalteperron «variedad perigordense» semejante a las de Combe-Capelle y que por su posición estratigráfica podía sugerir que corresponde a una forma evolucionada de la hoja de Chatelperron; una hoja de borde rebajado «recto», con punta estrecha y acerada, que puede considerarse como un tipo intermedio entre Chalpteerron y La Gravette. Quizás en estas formas podría encontrarse, según el autor, la solución del problema de la transición entre el Perigordense inferior y el Gravetiense.

Los buriles son numerosos, más por lo general groseros, toscos y primitivos,

tendiendo los buriles de varios golpes a los tipos de ángulo y boca de flauta, y algún tipo de buril poliédrico, y los de un solo golpe a los tipos nucleiformes y con truncadura retocada y no retocada siendo de notar que estas últimas formas se encuentran en todos los niveles.

Los raspadores son poco numerosos y los tipos son nucleiformes, raspadores de dorso alto de tipo auriñaciense (carenado y de hocico). Los raspadores en extremo de hoja son poco numerosos, poco cuidados y poco característicos. Hay además algunos perforadores o taladros y hojas con retoques.

Es interesante la presencia de microlitos en todos los niveles o pseudo-microlitos, entre ellos una pieza con muesca que puede considerarse como el precursor del microburil.

La industria ósea, muy pobre, ofrece piezas que parecen tener huellas de trabajo o de uso.

A la vista de este material el A. considera que Bailleau no «vió» esta estratigrafía en la que se distinguen perfectamente dos niveles (musteriense y perigordense inferior).

Ante la pureza del nivel chatelperroniense, habría que denominar al Perigordense I de la Dordoña como Chatelperroniense de tradición musteriense, y de acuerdo con el origen oriental del chatelperroniense habrá que suponer que las industrias perigordienses de la Dordoña son una mezcla de los tipos de Chatelperron con los musterienses preexistentes.

Más importante es la observación del A. sobre que la punta de Chatelperron no es suficiente para definir la industria chatelperroniense, puesto que este instrumento se encuentra «dans toutes sortes de civilisations qui s'échelonnent du Moustérien au Chalcolithique». Por ejemplo, la industria de Pas-Estré, tradicionalmente conocida como de Chatelperron, era magdaleniense, y hay una serie de piezas que recuerdan la hoja de Chatelperron, que incostablemente son magdalenienses.

El A. intenta definir el Chatelperroniense (o Castelperroniense) como una industria del Paleolítico superior caracterizada por: 1.º, la hoja de borde rebajado curvo, generalmente apuntada, llama hoja de Chatelperron, 2.º, el buril de ángulo con truncadura, con o sin retoque, 3.º, aparición de formas clásicas del Paleolítico superior, tales como raspadores de dorso alto o en extremo de hoja, perforadores, etc., y 4.º, la ausencia o extremada pobreza de la industria ósea.

Finalmente todavía podemos observar una tendencia evolutiva hacia las formas de La Gravette desde los tipos de Chatelperron y la existencia de una facies chatelperroniense pura y otra de tradición musteriense propia del Sudoeste francés por el momento.

Tales son los resultados de las investigaciones del A. en Chatelperron, los cuales nos permiten comprender mejor los comienzos del Paleolítico superior y

nos hace ver cuan deleznales son nuestras conclusiones. Especialmente nos viene a poner de relieve la poca base sobre la que se asientan clasificaciones al uso y así tenemos que el término Perigordense, tan caro y expresivo para muchos, parece haber disminuido mucho en importancia y en valor, puesto que el yacimiento de Chatelperron, que ha servido de base para la creación del Perigordense I, muestra una serie evolutiva de elementos, que trasciende los límites de ese período. Es decir que durante el Perigordense II, cuyos tipos son según Peyrony los de Bos del Ser, Chatelperron posiblemente continuaría produciendo Perigordense I, dejando aparte el hecho de que en la Dordoña el Perigordense I presenta una facies de tradición musteriense. Si a esto añadimos la posibilidad de que Chatelperroniense y Auriñaciense tengan un origen común se verá cuan reducida puede quedar la importancia del Perigordense, que para nosotros no deja de ser una facies regional del Paleolítico superior francés.

Pero son problemas que no pueden ser planteados en esta breve nota. Mas en la recopilación de datos acerca de ellos, el trabajo de Mr. Delporte es de un interés extraordinario y solo deseamos que este breve avance al estudio de los nuevos materiales de Chatelperron se vea pronto superado por un amplio trabajo en donde detalladamente se nos expongan las series de sus materiales dentro de la secuencia de sus niveles.

F. JORDÁ CERDÁ

R. ET S. DE SAINT-PÉRIER, — **La grotte d' Isturitz**. III. Les Solutréens, les Aurignaciens et les Moustériens. Archives del' Institut de Paléontologie Humaine, Mém. 25. Paris VI y 264 págs., 135 figs. y XXI láms.

Los trabajos iniciados hace años por los esposos Saint-Périer en la cueva de Isturitz (Basses-Pyrénées) han llegado a su coronación con el libro que comentamos. Desgraciadamente René de Saint-Périer no ha visto terminada su obra. Ha sido su esposa y colaboradora la que de un modo digno y encomiástico ha llevado a feliz término la publicación de los niveles inferiores al Magdaleniense, el cual fué dado a conocer con anterioridad (Méms. 7 y 17 de «Archives de l' Institut de Paléontologie Humaine»).

La estratigrafía de esta cueva está llena de enseñanzas y lamentamos no poder dar una referencia completa de cada nivel, puesto que alargaría excesiva-

mente estas breves notas. Tal como la han expuesto sus autores introduce algunas correcciones a trabajos anteriores (Passemard) y resumida es como sigue: a) Aziliense y Magdalenense final (VI). b) Magdalenense superior (V). c) Magdalenense inferior (IV y restos del III). d) Solutrense superior y medio. e) Auriñaciense medio. h) Auriñaciense típico. i) Nivel de transición al Auriñaciense típico. j) Musteriense típico. k) Musteriense más antiguo.

El último nivel musteriense presenta un material formado por puntas y raederas típicas, con planos preparados, a las que hay que añadir una serie de elementos de tipo grande en cuarcita o en ofita, que parecen responder al tipo de hendidor (chopper) y que dan un aspecto especial a esta industria. El material típicamente musteriense se relaciona con el Musteriense típico inferior de Le Moustier (B) y de La Ferrassie (C) y en cierto modo con el Musteriense medio de Laussel, siendo de notar sus diferencias con el de La Quina. Los elementos de cuarcita y ofita parecen menos arcaicos que los que se encuentran en los yacimientos cantábricos y más bien parece una industria de grandes lascas que de bifaciales. Quizás se puedan establecer relaciones con el material languedociense, aunque los materiales de Isturitz parecen ser más recientes. La fauna que los acompaña está formada por *Ursus* y cérvidos (*elaphus*, *capreolus*) junto con escasos restos de *Equus* y *Bos*, lo cual supone, junto con lo disperso de los hogares y su escasa densidad, un clima con tendencia al enfriamiento y escasez de arbolado.

El nivel musteriense superior está integrado por puntas triangulares con plano preparado, raederas con tipos que tienden al raspador, y a una serie de puntas alargadas de tipo foliáceo, muy perfectas, al lado de elementos que demuestran persistencias tayacienses y de una pobre industria ósea. La fauna está representada principalmente por cérvidos, osos, zorros (*vulgaris*), raros el caballo y el reno, escaso el *Rhinoceros tichorhinus* y la *Hyaena* (coprolitos). La industria es más homogénea y cercana a la clásica que la del nivel anterior y puede compararse con la de Laussel, La Chapelle-aux-Saints, La Ferrassie, Le Moustier y continúa siendo diferente de la de La Quina. En cierto modo parece más bien influenciada por una técnica nueva, que fiel a la tradicional, lo que podría sugerir cierto aire de modernidad, aunque por otra parte la pobreza de la industria ósea no permite suponerla muy avanzada.

Ante estos resultados nos damos cuenta de la complejidad cada vez mayor de los problemas que plantea el Musteriense. Podemos decir con franqueza que acerca de él sabemos bien poca cosa, a excepción de que con él damos por terminado el Paleolítico inferior, cuando no hacemos con él lo que por algunos se ha denominado Paleolítico medio. Sin embargo el Musteriense y en especial sus últimas etapas son decisivas para comprender el paso al Paleolítico superior y por nuestra parte creemos que durante él se plantean muchos problemas que luego, más tarde, encontraremos en el Paleolítico superior.

Uno de los problemas a que nos referimos y con el que nos hemos tropezado en diferentes ocasiones con motivo de nuestros trabajos es el de la perduración del mismo Musteriense durante los comienzos del Paleolítico superior. La experiencia nos ha demostrado que las culturas no surgen ni desaparecen como por encanto y en Isturitz volvemos a encontrarnos otra vez con un ejemplo de estas perduraciones: El nivel de transición al Auriñaciense típico, el cual se encuentra separado del Musteriense por una ligera capa de caliza y está formado por una serie de reminiscencias musterienenses, tales como puntas gruesas con talón preparado o liso y raederas, junto a las que aparecen hojas largas y estrechas con retoque marginal, gruesos raspadores, nucleiformes y sobre hoja, buriles de ángulo y una punta de hueso «dont la base était certainement fendue». Tales elementos bastan para caracterizar este nivel como etapa de transición entre el Musteriense y el Auriñaciense típico, cosa que por otra parte ya habíamos señalado nosotros para la Cova Negra de Bellús (Valencia) y recientemente hemos podido comprobar en la cueva del Conde (Asturias). El nivel de Isturitz es quizás más musteriense que auriñaciense y tiene algo de chatelperroniense, lo cual en opinión de los autores parecen demostrar que entre chatelperroniense y auriñaciense hubo «une liaison au moins partielle, que la théorie du Périgordien a tenté de rompre, rupture qui peut être fondée pour le Périgord, mais que s'applique mal au delà de ses frontières». Hemos preferido copiar el texto francés por considerarlo sumamente expresivo, puesto que se nos plantea en él un viejo problema todavía no resuelto. Se trata del origen del chatelperroniense y auriñaciense acerca del cual los autores se sienten tentados de decir que entre ambos hay «un lejano origen común, seguido de un desenvolvimiento diferente, precoz y limitado a la vez en el espacio y en el tiempo para el Chatelperroniense, más tardío y mucho más extendido para el segundo». Todo lo cual permitiría explicar sus analogías, sus diferencias y la débil extensión del uno respecto del otro. Vemos pues cómo al socaire de un nivel híbrido y de transición se nos plantea la problemática cultural de los comienzos del Paleolítico superior en Europa occidental. De momento, nosotros nos inclinamos a suponer que la cueva de Isturitz por su posición en la cordillera pirenaica, queda ya un tanto desplazada de las principales corrientes culturales. A su Musteriense tardío y de transición pudieron llegar elementos auriñacienses y alguna influencia chatelperroniense. Esta última vendría a poner de relieve su debilidad y su relativa poca importancia, según quieren los autores y según hemos expuesto nosotros cuando al hablar de las pretendidas estaciones chatelperronienses españolas decíamos que esta cultura no logra rebasar la zona pirenaica. Isturitz es un buen ejemplo de su escasa y pobre influencia.

A este nivel de transición se superpone el verdadero auriñaciense típico con abundantes raspadores, numerosas hojas con retoque (abrupto o suave) y esca-

sos buriles, que se unen a una interesante industria o sea que presenta numerosas puntas de base hendida, lo cual la califica como perteneciente a los primeros momentos de esta cultura.

No sucede así con el nivel llamado auriniaciense medio, que en realidad es una evolución del anterior y que aunque presenta poca variación en las formas de sílex, ofrece sin embargo en la industria de hueso formas de azagayas que se emparentan con los tipos del perigordense II y III de la Dordoña, lo cual sirve a los autores para acentuar que no hay diferencia entre el perigordense y el auriniaciense, sino asociación y mezcla, como en Chatelperron, Bos del Ser, Font-Ives, etcétera.

En el siguiente nivel aparecen las formas típicas del auriniaciense superior o gravetiense, que supone en cierto modo una ruptura cultural con las anteriores tradiciones técnicas. Desde la base del mismo los tipos materiales vienen fijados por la presencia de puntas de La Gravette asociadas a numerosos buriles de ángulo, cosa poco frecuente, y junto a ellos raspadores, y demás elementos corrientes en el gravetiense. La industria ósea nos ofrece un elemento característico, que aunque tan bien fechado como la punta de La Gravette, es sin embargo poco común. Se trata de una azagaya grande y aplanada, de base aguda, estriada y algunas veces con muescas. Este gravetiense se nos presenta aquí con un repentino y total florecimiento y con un fondo instrumental en cierto modo complejo, que no permite la simple comparación con el nivel gravetiense de Laugerie Haute. Sin embargo acusa una riqueza sorprendente y dentro de ella podemos señalar perduraciones del viejo auriniaciense típico.

Pero más importancia reviste a nuestros ojos la continuación de este gravetiense en una nueva etapa que los autores califican de auriniaciense final, en el cual nos encontramos con los tipos gravetienses anteriores en un estado de evolución avanzada, en cuyos momentos finales se encontraron unas puntas de hoja de laurel, lo cual nos viene a demostrar la perduración en la zona pirenaica del gravetiense durante las primeras etapas del Solutrense en Francia, ya que esas hojas de laurel hay que atribuir las cuando menos a los comienzos del Solutrense superior. Esta comprobación de la persistencia de núcleos gravetienses durante el desarrollo de la cultura solutrense en Francia la estimamos de gran interés. En España podemos señalar un hecho análogo, aunque de características más potentes. Se trata de la estación de St. Gregori de Falset (Tarragona) donde el gravetiense continúa evolucionando por su cuenta y riesgo, aislado de toda infiltración solutrense, durante el período de desarrollo y evolución de este último, al mismo tiempo que elementos gravetienses, como la hojita de borde rebajado, lo encontramos en estratos solutrenses (Parpalló).

En cuanto al nivel Solutrense de Isturitz presenta caracteres muy avanzados y aunque los autores lo suponen perteneciente a las etapas media y superior de

esta cultura, por nuestra parte nos inclinamos a pensar que se trata más bien de manifestaciones del Solutrense superior. Aparte de los tipos foliáceos corrientes, conviene destacar la presencia de una punta de base cóncava, de tipo cantábrico, y puntas de base convexa propias del Solutrense levantino y cantábrico, y además otras de base recta o truncada, típicas según los autores del Solutrense pirenaico, aunque también aparecen en los yacimientos cantábricos (La Pasiéga). Todo ello nos induce a pensar que el Solutrense superior cantábrico fué una cultura de gran vitalidad y fuerza expansiva, logrando penetrar en la zona pirenaica, y por así decirlo, formando una especie de provincia autónoma dentro del Solutrense. Algunos grabados y esbozos de escultura completan el panorama cultural de este nivel, manifestaciones artísticas también existentes en los anteriores niveles auriñacienses.

No podemos entrar en el nivel magdaleniense descrito por los autores en memorias precedentes. Baste decir que sus materiales son fundamentales para el estudio de la evolución cultural magdaleniense.

Para el Paleolítico superior español son interesantes los resultados de este yacimiento, puesto que se encuentra en las proximidades de uno de los puntos de penetración a nuestra península y quizás por considerarlo así hemos alargado indebidamente estas notas.

F. JORDÁ CERDÁ

ESCOBAR GARCIA, FRANCISCO. Pbro. **Historia de la Filosofía Antigua.**—Un tomo en 4.^o XII + 320 páginas.—Gráficas Lux, Oviedo; 1952.

El ya veterano Profesor de Filosofía de la Universidad de Oviedo, D. Francisco Escobar, dedica un ejemplar de su «Historia de la Filosofía Antigua» a la Facultad de Letras con esta leyenda:

*Petillustri Decano huius Almae Matris Obetensis Facultatis Artium, eiusdem
que ornatissimorum Doctorum atque Magistrorum clarissimo Celui.*

Discípulo del autor en las aulas de Filosofía, en días todavía no lejanos, y compañero hoy en las tareas docentes de la Facultad, me es grato dedicar unas líneas a la crítica de la «Historia de la Filosofía Antigua», aunque acaso menos objetivas de lo justo, por imperativo de la influencia subconsciente del afecto que,

sabe crear esta Universidad—como ninguna otra acaso—entre toda su población docente y discente.

La obra, de acuerdo con su título, recorre, después de un sugestivo prólogo, la historia del Pensamiento desde las primitivas culturas orientales de la China, India, Egipto, etc., hasta el momento en que las invasiones bárbaras dan por abolida la Historia Antigua. Aunque no extensa, es notablemente valiosa la panorámica de la Filosofía oriental, ya que estamos acostumbrados a leer la historia del Pensamiento solamente desde Tales. Creemos que el autor tiene razón al decir que «en sentido lato, no hubo momento de la humanidad en que ésta no tuviese filosofía». Un reparo cabría hacer a este repaso que el Sr. Escobar hace de la Filosofía del Oriente; nos referimos a la brevedad del mismo, a juzgar por lo interesante que sería una más amplia exposición de los sistemas que, como el laotseísmo, el sistema «Samkhya» y otros revelan una marcada independencia del factor religioso. Acaso, sin embargo, el autor no quiso rebasar los límites de un manual, el primero, que demos cuenta, publicado en España.

Lo más valioso de la obra que comentamos es, sin duda, la exposición del pensamiento filosófico griego. Dando al César lo que es del César..., el autor se separa discretamente del tópico de que Grecia es la cuna de la Filosofía. Con datos nada sospechosos, demuestra cómo Grecia recibió del Oriente más que ella le haya dado. Sin embargo, los siete siglos de la Filosofía griega se tratan con esmero, con mimo, diríamos, no pasando por alto ninguna manifestación del pensamiento, ni siquiera aquella época de *casi negatividad* del mismo—los sofistas—en que, aparte de los renombrados Gorgias y Protágoras, se destaca la influencia social de los pensadores revolucionarios Pródico, Calicles, Alcidas y otros. No deja de sorprendernos, hemos de confesarlo, la disimulada frialdad que dedica a la vida y a la obra de Sócrates. Su doctrina, sin embargo, se expone con toda la objetividad que permite el conocerle a través de Platón casi exclusivamente.

Los grandes sistemas de Platón y Aristóteles se estudian en esta obra detenidamente. Y, al llegar a este momento que marcó la más alta conquista del pensamiento, tiene el autor unas líneas de síntesis ante las aportaciones parmenídeas, las platónicas y las aristotélicas, que dan particular valor a la bien trabada exposición de los sistemas. Aristóteles, según el autor, ha logrado evitar los escollos graves en que tocaron sus predecesores: desconfiar de los sentidos y subestimar las realidades físicas, o desconocer el mundo de la metafísica. No pasa desapercibido al autor, y éste lo subraya acertadamente, cómo Aristóteles logró en el gran problema antropológico constituir, sobre la firme base de la unión sustancial del alma y el cuerpo, la persona humana—el yo—.

Las Escuelas de moral, estoicismo y epicureísmo, especialmente, se exponen con detenimiento, si bien el autor, más que en los principios éticos, pretende ca-

lar en los fundamentos gnoseológicos y ontológicos donde aquellos radican para más fácilmente deducir en el juicio crítico respectivo la inconsistencia de los primeros. No obstante, reconoce las amplias resonancias de estos sistemas que informaron, dice el Sr. Escobar, la vida y el pensamiento romano. Tito Lucrecio Caro, Cicerón, Epicteto y Marco Aurelio, en el área de pensamiento romano, se vinculan estrechamente con el pensamiento griego.

Nos ha llamado particularmente la atención, al tratar el Neoplatonismo, cómo el Sr. Escobar sintetiza certeramente y con laudable claridad el sistema de Plotino, obscuro de suyo, principalmente en la doctrina del alma universal y del alma particular, dejándonos ver esta exposición la influencia de este místico en la Filosofía medieval.

Dentro de la Filosofía cristiana, que es el último capítulo de la obra, se destaca con particular amplitud y emotividad el pensamiento del gran doctor de Hipona. A través de las páginas dedicadas al mismo se observa cómo la doctrina agustiniana constituye el gran remanso a donde confluye el saber antiguo y el punto donde nacen las direcciones del mundo moderno. Las últimas páginas dedicadas a delinear el paralelismo—o divergencias—del gran obispo con las figuras inmortales de la filosofía europea dejan entrever con claridad la huella que dejó impresa San Agustín en la historia del pensamiento.

Diremos, como colofón a esta recensión, que el Sr. Escobar se detiene menos en la ética y sobre todo en la política de los respectivos sistemas, centrandomecidamente el interés en la Lógica, en la Gnoseología y en la Metafísica. Quienes fuimos alumnos suyos sabemos comprender esta *debilidad* del autor por la Metafísica, la Lógica y la Ontología. Acaso él nos haya dicho muchas veces que la Ética y la Política son solamente una consecuencia de aquéllas.

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ.

SANCHEZ, LUIS ALBERTO.—**Proceso y contenido de la novela hispano-americana.** Madrid. Editorial Gredos. [Tall. Gráf. «Jura»]. 1953. 664 pág. + 1 hoj. 20,5 cm. De la «Biblioteca Románica Hispánica» dirigida por Dámaso Alonso.

El autor de este libro se recrea en la evocación de más de un millar de novelas leídas, relativas a los más diversos temas y correspondientes a todos los países de habla española de América, sin que deje de citar algunas obras de escri-

tores brasileños. Tal evocación está bien mantenida desde la primera a la última página, por el acierto en la selección de los párrafos que copia, sugeridores, incitantes, y por la agilidad con que cuenta los argumentos, presentando los motivos de más efecto y citando a los personajes por sus nombres. Así el libro estimula a la lectura directa de las novelas americanas. Pero ¿no es este mismo *Proceso y contenido* una novela, una novela múltiple, que cabe leer de un tirón?

Porque la preocupación primordial del autor es el «contenido», los temas, de la novela hispanoamericana, y en tanto en cuanto ésta es un reflejo de la vida espiritual y material de cada país, el análisis de los argumentos que nos da L. A. S. es la novela de la vida en Hispanoamérica. Este libro tendrá gran éxito entre los aficionados a la lectura de novelas, porque en él encontrarán, además de un eficaz recordatorio de las obras ya conocidas y una casi irresistible invitación a leer las demás, una narración atrayente, encauzada por entre títulos y nombres de autores, de los problemas todos de la vida americana. El autor va persiguiendo, amorosamente, la novela que la vida misma de América constituye, en los libros de los novelistas.

Cuajada de nombres propios y de títulos, la obra lleva al final dos índices que recogen unos y otros y que, aparte de facilitar al lector la consulta de determinados puntos, si lo necesitara, ponen de relieve la gran cantidad de novelas que L. A. S. conoce de modo directo, y de autores que están analizados o siquiera aludidos en el texto.

A ese efecto de evocación y traída entre manos de novelas, que me parece la cualidad más característica de la obra, contribuyen en buena parte las repeticiones, que abundan y que, desde otro punto de vista, hay que decirlo, constituyen un defecto, no siempre contraído, como cree el autor, por la dificultad de ubicar bajo un determinado epígrafe la multiplicidad de aspectos que puede presentar una novela o un novelista.

L. A. S. se declara situado en la otra acera que los eruditos; no trabaja para ellos. Aparte de que en muchos casos se aprecia que cita de memoria, lo que aleja a su obra de la condición de libro de consulta y estudio, parece, en general, escasa y ligera la estimación estética de las obras mencionadas, que sólo se da por aproximación, recurriendo a los nombres de Zola, Goncourt, Balzac, Proust, Scott, Tolstoy, Dostoyewsky, etc. El autor se ha preocupado más de la caracterización temática que de la valoración literaria. Su obra no es sistemática, de síntesis, sino más bien analítica; pudiéramos llamarla periodística, en el mejor y más alto sentido de la palabra, de información, más que de enseñanza. Libro movido, animado, que se lee con gusto, fracasaría, empero, quien, atraído por la abundancia de citas que ofrece, quisiera emplearlo en fines de investigación.

El primer capítulo, «Pequeño tratado sobre la novela en general», al que

aporta opiniones egregias de teóricos literarios, que luego resume y adapta a su propio criterio, es francamente aprovechable. A continuación expone su concepto de la novela americana. En la segunda parte estudia la aparición de la novela en América: influencia española, los cronistas, Lizardi. Las partes tercera a quinta, divididas en capítulos y epígrafes temáticos, se ocupan de la novela idealista, psicológica, imaginativa y autobiográfica; costumbrista, naturalista y regional; e histórica, de guerra, biográfica, de aventuras, política y social. Un apéndice amplía las páginas dedicadas a Lizardi, cuyo *Periquillo Sarmento* es la novela más veces citada a lo largo de todo el libro.

L. A. S., autor de una *Nueva historia de la literatura americana* (varias ediciones) y de diversos trabajos sobre las letras del Continente, nos da, con este nuevo, un libro grato de tener para releerlo.

FERNANDO HUIARTE

GASPAR GIL POLO. — **Diana enamorada.**
Prólogo, edición y notas de Rafael Ferreres.
Espasa-Calpe, Madrid, 1953. «Clásicos castellanos».

Dejando a un lado la edición de *Ciap*, 1929, la *Diana enamorada* no podía leerse más que en la preparada por Menéndez Pelayo para sus *Orígenes de la novela*, cuya segunda tirada tiene ya veintiocho años, y es por tanto inasequible. Por eso «Clásicos castellanos» viene a prestar un gran servicio a los estudiosos, poniendo al alcance de todos un texto literario del que el cura en el escrutinio de la biblioteca de don Quijote dijo que se guardara «como si fuera del mismo Apolo»; que no sólo conserva su prestigio tradicional, sino que es «todavía una de las pocas novelas pastoriles que pueden leerse íntegras, no sólo sin fatiga sino con verdadero deleite» (Menéndez Pelayo); y que, aunque no fuera por otra cosa, nos conserva una preciosa colección de poesías líricas, como la conocida *Canción de Nerea*, de las más bellas escritas desde Teócrito.

Las características de esta edición son las normales en los libros de «Clásicos castellanos». Rafael Ferreres divide su prólogo en dos partes. En la primera estudia los orígenes y desarrollo del género bucólico, reservando la segunda para Gaspar Gil Polo y su *Diana enamorada*.

El primer párrafo del prólogo es un tanto confuso, acaso en beneficio de la síntesis. En los orígenes de la literatura bucólica hay tres o cuatro corrientes to-

talmente distintas, que apenas llegan nunca a cruzarse. Indudablemente nada tiene que ver el pastor de las farsas de Navidad, con el que aparece en las pastorelas y serranillas, ni con el pastor de las novelas del siglo XVI. El de las farsas de Navidad tiene una derivación totalmente clara del Evangelio de San Lucas, 2, 8-20, en que se narra el anuncio del ángel a los pastores, y la adoración de éstos al niño. No se necesitaba ningún antecedente clásico para que en estas piezas apareciera el pastor. Su origen está en los albores del teatro, en época muy temprana, cuando nacen las piezas del ciclo de Navidad. Este pastor debió tener siempre un cierto carácter realista, con anterioridad ya a Juan del Encina. En la especie de Égloga de Navidad que intercala en su *Vita Christi* fray Íñigo de Mendoza ya el pastor reacciona y habla como tal pastor. En cuanto a las pastorelas no suele aparecer ni en la literatura provenzal, ni en la portuguesa, ni en la castellana la pastora que nos hable de su ingenua y dulce vida. En ellas el pastor es uno de los interlocutores, y el otro un caballero; el tema es siempre el mismo: el caballero se enamora de la pastora y la requiere de amores; los dos personajes se saben situados en escala social distinta, y este argumento es comúnmente utilizado por la pastora para rechazar al caballero. En el Arcipreste la serrana (nótese que no es pastora) no aparece como simple parodia de la provenzal como creo que Menéndez Pidal ha demostrado, sino que su carácter obedece a una realidad del tiempo y sus serranillas están en una línea que va desde el siglo XIII al XV, desde Joan Zorro hasta Carvajales, y que se adentra en pleno siglo XVI, dando lugar a canciones como la de la serrana de la Vera, que pasa al teatro del XVII. Del mismo modo, en Virgilio hay un pastor cortesano, como será después el del Renacimiento (Garcilaso), mientras en Encina el pastor es esencialmente realista, dando origen al bobo del teatro del XVI. Por el contrario, el pastor de las novelas bucólicas, como de la poesía renacentista, enlaza directamente con la tradición clásica, con la filosofía neoplatónica, y con la idea de la naturaleza en esta filosofía. Así se logra la idealización de la vida del campo, produciendo toda una literatura especial, y dejando residuos en múltiples obras (recuérdense *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, fray Luis en el nombre de *Pastor*; Antonio de Torquemada en el tercero de sus *Coloquios satíricos*, etc., etc.) Es decir, uno es el origen de la pastora en la literatura provenzal y las que de ésta provienen; otro el del pastor del teatro de las Églogas, y otro muy distinto el del falso pastor de la literatura de corte renacentista.

El autor, sin embargo, distingue bien todas estas tendencias, ya que a continuación señala claramente las características del género pastoril: su sentido simbólico; su única ocupación, hablar de amores, generalmente no correspondidos la glosa del *Beatus ille*, y alabanza de la aldea; falta de los mayores matices psicológicos; representación artificiosa de la naturaleza; en suma, visión esencialmente literaria procedente de los clásicos, que en Sannazaro es exclusiva y en Mon-

temayor y Gil Polo va unida a una tradición española medieval. Y de nuevo R. F. nota la diferencia entre el pastor bucólico y el de las farsas de la época, aunque no estoy de acuerdo con él cuando piensa que el primero es reacción contra el segundo, pues, como mostré, es corriente de origen distinto, que jamás llegará a cruzarse con la de las farsas.

La intercalación de novelas de tipo bizantino (como la *Historia del Abencerraje* en la edición póstuma -1561- de la *Diana* de Montemayor) es un recuerdo de la Edad Media. Pervivencia de la misma época son los metros y estrofas de la escuela tradicional. La misma prosa, dice R. F., está más cerca de la del siglo XV que de la de su tiempo; y así el calificar constantemente igual los elementos del paisaje proviene de las novelas de caballerías. No tengo motivos suficientes para disentir de esta opinión; pero creo que aquí se encierra un problema de estilo que no considero estudiado aún. Yo encuentro en Italia la fuente de muchos detalles estilísticos plenamente renacentistas. Ahora bien, el renacimiento italiano comienza bastante antes que el español. Concretamente la adjetivación única es recurso constante en Sannazaro, cuya *Arcadia* es de 1502, mientras que el *Palmerin de Inglaterra*, del cual cita F. dos ejemplos, es de 1547-1548. Conveniría, por tanto, un análisis cronológico. Por otra parte, el estilo del *Lazarillo* constituye problema por sí mismo, y fray Luis y Santa Teresa, además de pertenecer a otra etapa, deben ser enfocados desde ángulos dispares. Sin rebatir la opinión de F., repito, me parece que el problema es bastante complejo y requiere largos y minuciosos análisis.

En contra de estos temas medievales, lo renacentista penetra de lleno a través del neoplatonismo (Lorenzo, Castiglione) y de Petrarca. La consecuencia literaria de esta filosofía es la libertad inquebrantable de todas las *Dianas* españolas, en lo cual —apartar de las novelas de caballerías—

En la segunda parte recolecta reuniendo los pocos datos de la vida de Gil Polo, para entrar de lleno en el estudio de su *Diana*. Contra la opinión de Menéndez Pelayo (1), cree que fué una novela pensada como tal y la considera «mucho menos prolifa y enrevesada que la de Montemayor, mucho menos recargada de medievalismo». En el *Canto del Furo*, además de Claudiano y la *Canción de Orfeo* de Montemayor, hay que tener en cuenta al valenciano Nicolás de Espinosa.

En cuanto al lenguaje, analiza primero los lunares notados por Menéndez Pelayo, añade algunos dudosos casos de valencianismos fonéticos y listas de italianismos, arcaísmos (más abundantes en la prosa que en el verso) y cultismos. Gil Polo es «puro renacentista en su lengua poética y [esta] vinculado a la tradición

(1) «No fué de seguro más que un pretexto que le permitió intercalar, entre elegantes y clásicas prosas, la colección de versos líricos más selectos que hasta entonces hubiese compuesto» (*Orígenes de la novela*).

evolutiva del estilo medieval en su prosa». Como poeta la admiración por Garcilaso está patente, sin que se quiera decir que sea un «glosador»; todo lo contrario, es un poeta auténtico. Hace después un análisis sucinto de su poesía. Por último, en el paisaje artificioso propio de la poesía bucólica, se desliza un sentimiento del paisaje natal, que constituye la mayor originalidad de la obra.

La edición está bien cuidada. Acaso una mejor distribución de los párrafos y otro criterio de puntuación en los diálogos la hubieran beneficiado. Las notas son las exactas y nunca pecan de prolijas. Quizás haya menos de las necesarias, aunque no hay ninguna esencial entre las que echo en falta. En este aspecto merece todos mis plácemes R. F., que no ha atiborrado de erudición inútil las páginas de un texto cuya frescura se conserva más íntegra de este modo.

JOSÉ CASO GONZÁLEZ

LEOPOLDO ALAS.—**Cuentos.** Selección y nota liminar de José María Martínez Cachero.— Prólogo de Mariano Baquero Goyanes. Viñetas de María Cristina Alas.— Oviedo, «Gráficas Summa». 1953.

Entre los posibles colofones al cincuentenario de la muerte y centenario del nacimiento (1951 y 1952) del autor de *La Regenta*, ninguno más digno que este libro, donde se recoge una selección de sus cuentos. Si los trabajos de crítica han sido, en general, buenos, por haber aportado muchas ideas para la comprensión de la obra clariniana, no cabe duda que por remate nada mejor se podía ofrecer al público que los cuentos aquí recogidos, máxime cuando éstos pertenecen ya a la categoría de raros. Efectivamente, el valor intrínseco de los cuentos clarinianos había hecho que algunos se publicaran en antologías, periódicos y revistas; pero la gran mayoría no había vuelto a ser reeditada. Martínez Cachero forma su colección a base de estos últimos, con lo que alcanza su libro gran valor para el público, que no podía leerlos más que en las únicas y antiguas ediciones, ya de imposible adquisición.

A esta particularidad de la colección debe añadirse que está prologada por Baquero Goyanes, uno de los más finos estudiosos de la obra de Alas. Comienza B. su prólogo disculpándose por situarse en postura de amor ante «Clarín», y para avalarla dedica unas palabras a la crítica subjetiva y a la objetiva, que quiero glosar, aunque en su prólogo sean, en cierto modo, incidentales.

El positivismo metodológico fué el origen de indudables y meritorios adelantos de todas las ciencias o artes que de una u otra forma trabajan sobre la palabra. Pero al mismo tiempo abrió anchos caminos a los que, sin fuerzas y sin corazón para otra cosa, encontraron en la ficha su único medio de trabajo. Se dieron entonces a pulular por esos mundos de Dios unos seres apellidados críticos, levantando como bandera una fórmula científica muy seria, cuya base era el hecho y la atomización de la obra. La crítica debía ser objetiva. A la crítica romántica se la consideró como pasada, se la tachó de subjetiva y poco científica, y se la condenó a muerte. Pero al evitar sus peligros, tropezaron con otros aún peores. Indudablemente, si la cima del arte la representan los períodos clásicos (opuestos a los barrocos), y si lo clásico se define en virtud del equilibrio total, no cabe duda que una crítica clásica ha de ser serena por naturaleza. Pero serenidad y objetividad son dos situaciones absolutamente distintas. La serenidad se dirige al objeto, cubierta con el manto de un amor reflexivo; la objetividad está de vuelta de la entrega amorosa. ¿Qué hicieron, pues, los críticos objetivos? Suprimir la pasión como nociva al mero fin crítico, en lo cual estaban de acuerdo con los clásicos; pero al mismo tiempo arrasar toda veta cordial.

La única objeción a B. me la dicta la prudencia. Efectivamente, ahora y antes, siempre ha habido críticos que en mayor o menor escala se han acercado a ese ideal. Son indudablemente los que quedan, los que a fin de cuentas construyen. Los otros se van quedando por los caminos, impotentes para abrirse paso. Y estos últimos, tanto más da que sean objetivos como subjetivos. La crítica que Baquero propugna es, pues, la crítica ideal, la crítica clásica, a la que debe aspirarse, porque jamás edificio crítico alguno se construyó sin esas dos cualidades absolutamente necesarias: examen sereno y científico de la obra, acercamiento cordial (1).

El prólogo de B. es un estudio breve y enjundioso de los cuentos clarinianos. Cree que es conveniente situarlos a la luz de su obra narrativa total, para comprenderlos y valorarlos exactamente. De este modo descubrimos en ellos un primer rasgo: la ternura, ingrediente principal de los mejores cuentos de Alas. El contraste salta a la vista comparando cuentos como *¡Adiós Cordera!* con *La Regenta* y *Su único hijo*. Al lado están los cuentos próximos al quehacer crítico, contruidos generalmente sobre las peculiaridades grotescas de un tipo humano. Representan estas dos tendencias el dualismo del autor. En algún caso, como en

(1) No digo que los resultados de la crítica clásica de otras épocas deban ser aceptados en su integridad. Pudo haber examen sereno y científico; pero no disponiendo de los medios que tenemos nosotros y de nuestra amplia documentación, está claro que su resultado puede ser inaceptable. Esta última circunstancia no invalida, por el contrario, su ejemplaridad crítica.

Avecilla, se ofrece una fusión de ambas. Todas ellas las estudia B. brevemente. Termina su prólogo aludiendo a la semejanza que el caso de «Clarín» ofrece con autores como Ramón Pérez de Ayala y Aldous Huxley. Para ellos la novela es «el género literario, en el que arraigan sus preocupaciones sociales, religiosas, estéticas, etc. El cuento es siempre la huída a un mundo mucho más próximo que la novela al corazón de los autores».

Ya he señalado anteriormente que el rasgo diferenciador de esta antología consiste en reunir cuentos no seleccionados antes (2). Podría inducir esto a pensar que M. C. rinde culto a lo raro. Grata sorpresa la de quienes se acerquen con tal idea a las páginas de este libro, o la de quienes crean que el mejor «Clarín» se agotó en los cuentos antologizados en *Obras selectas*, por ejemplo.

Las mejores piezas, entre las aquí reunidas, confirman plenamente las palabras de B. de que la ternura es el ingrediente principal de los mejores cuentos de Alas. Así *La conversión de Chiripa*, *El Quín*, *Manín de Pepa José*, por no citar más que los ejemplos más sobresalientes a mi modo de entender. Es de advertir que esta ternura no excluye los rasgos fuertes y vigorosos. No tiene nada que ver con la sensiblería. Por el contrario, cuentos como el primero de los citados, son altamente ejemplares como técnica narrativa, como lenguaje, como descripción; Chiripa nos arrastra por las calles de Oviedo, y, como él, nos sentimos calados. viéndole correr solitario calle tras calle, también nos sale de dentro un: «que haya alternancia». La ternura de «Clarín» brota precisamente allí donde en la vida real no está; se recrea en personajes abandonados, como Chiripa («veía pasar, ya llenos de canas, a los señoritos que antaño reían sus travesuras y le pagaban sus vicios precoces; pero no se acercaba a pedirles ni un perro chico, porque no querían reconocerle»), Manín («Manín se sintió aislado, sitiado por el hambre; querían matarle a fuerza de hastío, de soledad, de privaciones... ¡Málaga, rosa, marrasquino! ¡Recuerdos del bien perdido! Ni una copiquina en un año. Borona, faves, agua... un poco de leche, poco... y lo demás tristeza, frío, aburrimiento»).

Toda la potencia vivificadora que hay en estos cuentos se pierde para transformarse en caricatura, en sátira cruel y descarnada, en aquellos otros que pertenecen a una forma literaria idéntica, en el fondo, a los *Solos* y *Paliques*. Buen ejemplo, el sangriento *En el tren*, con su final efectista («soy la viuda del otro... del capitán Fernández»), pero exigida para recalcar, en una técnica semejante a la del grabado en madera, el alma egoísta del duque del Pergamino.

Analizarlos todos no es tarea propia de esta reseña, porque en todos campea

(2) Cachero recoge cuentos de los siguientes libros de «Clarín»: *Cuentos morales* (catorce), *Pipá* (uno), *El gallo de Sócrates* (tres), *Doctor Sutilis* (uno). De *El señor y lo demás son cuentos* no hay ninguno, por haber sido reeditado modernamente.

el arte vigoroso de su autor. Acaso la única pieza en la que M. C. se dejó llevar un poco de su erudición sea la última. Se trata de los tres primeros capítulos, los únicos publicados, de la primera novela larga de Alas, aparecidos el año 1880 en la *Revista de Asturias*. Sin embargo, su carácter de primogénita, compensa la posible falta de interés literario.

Como carecemos aún de una edición completa de la obra clariniana, que según mis noticias llevará a cabo el propio Baquero Goyanes, esta antología resulta altamente valiosa, por dar a conocer una veintena de cuentos, cuyo carácter y cuya prosa acaso sea más actual que lo fué en su propio tiempo.

JOSÉ CASO GONZÁLEZ

TOMAS DE IRIARTE: **Poesías**. — Prólogo y notas de Alberto Navarro González. Madrid, 1953. Núm. 136 de «Clásicos Castellanos». LV + 170 páginas,

La figura de Tomás de Iriarte ha sido objeto en estos últimos años de alguna atención. Dejando aparte trabajos aparecidos con motivo del bicentenario de su nacimiento (1750-1950—), recordamos: la edición de *El asno erudito*, folleto en el que Forner ataca las *Fábulas literarias* (1); el extenso libro de Subirá (2), que atiende un aspecto de Iriarte curioso y poco tratado; la edición del *Cotejo de las dos Eglogas Premiadas* (por la Academia Española en 1780. Meléndez Valdés obtiene con su égloga *Batilo* el primer premio; Iriarte, con la suya, el segundo. Iriarte hace constar su disconformidad con tal fallo en las *Reflexiones sobre la Egloga Batilo*; Forner le contesta escribiendo dicho *Cotejo* (3); *Temas humanos en la poesía de Iriarte*, artículo de Alberto Navarro González (4). (Se ocupa de: la Fama, el me-

(1) Juan Pablo Forner: *El asno erudito*. Edición, prólogo y notas por Manuel Muñoz Cortés. Valencia, 1948. Opúsculo VII de la colección «Gallardo», de Editorial Castalia.

(2) José Subirá: *El compositor Iriarte (1750-1791) y el cultivo español del melodrama*. Barcelona, C. S. de I. C., 1949-1950. 2 tomos

(3) Juan Pablo Forner: *Cotejo de las dos Eglogas Premiadas*. Edición de Fernando Lázaro Carreter. Salamanca, 1951.

(4) Vid. en *Revista de Literatura*, Madrid. Fascículo I del tomo I, 1952, páginas 7-24.

nosprecio de la vida de la Corte, y la valoración del quehacer poético). Como adecuado remate acaba de ver la luz este volúmen, que incluye las 76 *Fábulas literarias* y una antología de anacreónticas, letras para música, epigramas, sonetos, epístolas y otras composiciones; Alberto Navarro González, catedrático de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de La Laguna, ha tenido a su cargo la confección del mismo.

Tomás de Iriarte nació en el Puerto de la Cruz (Tenerife), y no en la cercana villa de la Orotava como se lee en muy divulgados manuales de historia literaria española. En la Orotava pasó parte de su adolescencia y en 1764 llegaba a Madrid, conñado a su tío, el brillante humanista don Juan de Iriarte. Desde entonces y hasta su muerte, acaecida en 1791, Tomás, salvo algunas breves estancias en otros lugares, reside en Madrid. Disfruta de varios empleos oficiales; escribe para el teatro; frecuenta las tertulias literarias; publica; goza de un prestigio no escaso; anda metido en polémicas; etc.

La producción de Iriarte, variada y abundante, la clasifica N. G. en los siguientes grupos: El traductor; El autor dramático; El crítico literario; El poeta; El fabulista.

Iriarte tradujo del latín y del francés. De este último idioma arregló para el Teatro de los Sitios Reales hasta una decena de piezas. Su más nombrada versión latina fué la de la *Epístola ad Pisones*, de Horacio, y ello debido a la polémica que mantuvo con Sedano.

Sus comedias originales «constituyen el mayor título que Iriarte tiene en la historia literaria, tras el de sus *Fábulas*». Se citan siempre las tituladas: *El señorito mimado* y *La señorita mal criada*. N. G. considera también interesante, *El don de gentes*. Iriarte es fiel seguidor de las unidades y se preocupa de enseñar alguna moralidad al espectador. Conduce con destreza la acción; el diálogo es fluido; hay escenas y tipos provistos de gracia e interés. No se alcanza la perfección de Moratín hijo, pero tampoco se queda muy a la zaga.

La crítica literaria de Iriarte la divide N. G. en: a), crítica erudita; b), crítica amena o festiva; c), polémica. En polemizar consumió no poco de su tiempo, pese al convencimiento que poseía de que «el tiempo que se emplea en censuras y defensas literarias se emplearía mejor en componer otras obras de más sustancia y utilidad». Fué el extremoso Juan Pablo Forner su enemigo más constante.

Los literatos en Cuaresma representa la crítica amena o festiva. Se trata de seis sermones para los domingos de la Cuaresma. Teofrasto, Cicerón, Cervantes, Boileau, Pope y Tasso son los predicadores, y la murmuración de todo lo nuevo (proceder que se censura), la educación de la niñez, el teatro, el oficio de poeta, las parcialidades de los críticos y el remedio de las desdichas humanas son, respectivamente, los temas sobre los cuales disertan.

El poeta Iriarte nos parece que tiene bien poco de tal. Es, como dice N. G.,

«fácil versificador, especialmente cuidadoso de la rima, revela un mayor dominio de los versos cortos», y posiblemente nada más. Sabido es que la lírica española atravesaba por entonces un mal momento. Alguna composición jocosa—el romance *En que se describe un ridículo baile casero*—, de cierto aire quevedesco, nos agrada.

Estamos ya ante el fabulista, lo único que comúnmente se conoce—al menos de oídas—de la obra de Iriarte. La primera edición de las *Fábulas literarias* data de 1782 y consta de 67; otras nueve, entre ellas una en prosa, se publicaron póstumas, completando así el número de 76. Desde 1782 hasta hoy la difusión y el éxito de este libro han sido considerables, superiores a la real valía literaria de las composiciones que lo integran, piensa N. G.

Iriarte se sirve de animales para sus fines de bien orientada preceptiva literaria y, primordialmente, de ética literaria. N. G. ha realizado a este respecto el cómputo siguiente: «únicamente 16 fábulas tratan de las cualidades que han de tener las obras literarias; dedicándose, en cambio, 26 a cualidades no meramente literarias de los autores; 29 especialmente dirigidas a los críticos, y 4 a los lectores».

Otras cuestiones relativas a las *Fábulas literarias*: concepto iriartiano de la fábula en general, métrica de sus composiciones, presuntos destinatarios de algunas de ellas, etc., son abordadas con claridad y documentadamente en el prólogo y en las notas.

La tarea llevada a cabo por el Sr. N. G. es digna de encomio. Nos atreveríamos a pedirle que algún día (tal vez pudiera ser en otro tomo de «Clásicos Castellanos») editara *Los literatos en Cuaresma* y las tres comedias que aparecen como destacadas en la producción teatral de Iriarte.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

CESAR PEMAN PEMARTIN.—**Museo Provincial de Bellas Artes de Cádiz. Catálogo de las Pinturas.** Cádiz, 1952, XVIII + 225 páginas, 106 fot., con un plano.

Con motivo del Centenario de la inauguración del Museo de Bellas Artes de Cádiz, se ha publicado este interesante Catálogo, donde el autor—Director del Museo—pone de relieve, no solo el valor de sus fondos artísticos—lamentablemente menguados en cuanto a los cuadros de Zurbarán se refiere, hoy algunos en las salas de los Museos de Grénoble, Poszany y Metropolitan de New York—, sino también su magnífica instalación llevada a cabo en la primavera de 1950.

Para la clasificación de las obras de arte antiguo y moderno, se ha tenido presente, la usada tradicionalmente en los Museos Nacionales del Prado y de Arte Moderno, señalando sin embargo que para las obras comprendidas en la época de transición se siguió una norma «puramente oportunista».

Los cuadros antiguos y modernos se designan por medio de las centenas impares y pares respectivamente a partir del número 200, con objeto de no alterar la numeración empezada en 1876, fecha de la publicación del primer Catálogo.

A lo largo del libro encontramos rectificaciones sobre antiguos catálogos de gran interés, para el estudio de la iconografía de los cuadros, descritos de forma precisa, haciendo resaltar la importancia artística, histórica o arqueológica de los mismos. Completándose su información con la indicación, si el cuadro está pintado en tabla, lienzo u otro material, así como sus dimensiones. Una bibliografía escogida, noticias sobre Archivos o repertorios fotográficos donde se encuentran reproducciones juntamente con una somera biografía del pintor, forma el contenido de la nota que sigue a la descripción de cada cuadro.

El orden seguido en la Catalogación es diferente en la Sección Antigua y Moderna, debido a la serie de inconvenientes presentados en las obras antiguas, que el autor apunta y resuelve, decidiéndose por el orden alfabético de apellidos en la segunda y una ordenación cronológica relativa en la primera.

Un Índice alfabético de los artistas antiguos, sirve de orientación para el conocimiento de los cuadros anónimos, un segundo Índice de número de los cuadros y un Índice final sobre asuntos o por sus títulos en los modernos, aumenta el valor documental del Catálogo que termina con un Repertorio de Referencias fotográficas.

El libro, modelo de Catálogos, está lleno de observaciones de gran acierto y mérito positivo.

M.^a DOLORES ANDÚJAR

ANTONIO C. FLORIANO.—**Guadalupe**. Guía Histórico-Artística del Monasterio. Colección de Estudios Extremeños. Cáceres, 1953, 246 pág., 94 fig.

El autor, tan conocido en el campo de los estudios históricos y pedagógicos, nos ofrece con estilo brillante una interesante obra, donde con visión clara pone de manifiesto la innumerable riqueza artística y documental que encierra el Monasterio extremeño, «archivo y santuario». proporcionándonos de este modo una guía histórico-artística perfecta, enriquecida por numerosas aportaciones obte-

nidas de directo examen y de documentos hallados en los archivos guadalupenses.

Consta el libro de quince capítulos y a través de ellos vamos recorriendo los distintos aposentos que comprende, comenzando por la Sacristía, donde después de un minucioso estudio artístico del interior del recinto, el autor fija su interés en el retablo clásico de la Capilla de San Gerónimo, reafirmando la atribución de la imagen central al escultor italiano Pedro Torrigiano, por su semejanza con la que labró para el Monasterio de San Gerónimo de Buenavista de Sevilla. Los «zurbaranes» del retablo de la Capilla y los lienzos de la sacristía, son analizados, desechando la atribución a Ribera del titulado «La Apoteosis de San Gerónimo», que en algún tiempo fué objeto de duda. El recuerdo histórico de Lepanto se hace patente con la insigne reliquia de la farola de la nave Capitana Turca, donada al Monasterio por Felipe II.

Interés parecido ofrece la Antesacristía y Antiguo Lavatorio, que el autor valoriza, haciendo un estudio detenido de los cuadros de Carreño, apuntando la posibilidad de que el lienzo representando a D.^a María Guadalupe de Lancaster, Duquesa de Aveiro, no sea de este pintor, por la acusada influencia francesa que se deja sentir en la indumentaria de la dama y de los hijos que la acompañan, pudiendo fecharse como de los primeros años del reinado de Felipe V.

Objeto del quinto capítulo, es el gran retablo de la Iglesia principal, sustituido a través de los siglos, siendo el que hoy ocupa, obra del siglo XVII. En este mismo capítulo se destaca el valor artístico del escritorio de Felipe II, cuyo remate recuerda los sepulcros de los Médicis. La atribución por datos documentales de las tribunas reales a Juan Bautista Semeria y Bartolomé Abril y no a Juan Gómez de Mora, es una nota más que acrecenta el valor informativo de la guía.

Como capítulos importantes sobre las Artes Menores se destacan los dedicados al Museo de Ornamentos y Museo de Libros Miniados, estudiados estos últimos en otra publicación anterior por el autor.

Los últimos capítulos correspondientes al Camarín y Joyel, escritos con agilidad de expresión, ponen de manifiesto la falsa atribución a Luisa Roldán de las esculturas, hechas en 1736, que adornan las hornacinas de los pilares y la serie de deducciones nuevas de gran interés para el estudio de los mantos, especialmente de los llamados de la Comunidad y de Isabel Clara Eugenia que hasta la fecha se han venido designando con los nombres cambiados.

El libro, magníficamente impreso y con amplio repertorio fotográfico, se completa con apéndice y epílogo acompañados de un índice alfabético.

M.^a DOLORES ANDÚJAR

FERNANDO ALBIA DE CASTRO: **Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño.** —Edición, prólogo y notas de José Simón Díaz. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1953. Un volumen de XXXI + 223 págs. en 4.º, con láminas.

Fernando Albia de Castro, el autor de este *Memorial* que ahora se reedita en la «Biblioteca de Libros Riojanos», nace en Logroño finalizando agosto de 1572. No mucho sabemos de su existencia: que estudió en Salamanca; que fué Veedor general de la Armada española, y en calidad de tal hubo de residir largo tiempo en Lisboa; que escribió y que fué amigo de escritores (su paisano López de Zárate, el novelista Céspedes y Meneses, el también novelista Alonso de Alcalá y Herrera, etc.); que sus servicios a la Corona se vieron recompensados con el ingreso en la Orden de Calatrava; y que tal vez muriese en Portugal, cuando este país logró nuevamente la independencia, tras haber mostrado ardorosa lealtad para con su patria, (José Almirante da como fecha de fallecimiento el año 1653, y como lugar, Lisboa).

Hasta seis títulos parece ser constituyen la obra de A. de C. *Verdadera razón de Estado* es un discurso político, muy basado en la Sagrada Escritura, que le coloca—por la doctrina sustentada—en la línea de tratadistas contemporáneos como Ribadeneira, Márquez y Juan de Salazar. Una colección de *Aphorismos y exemplos políticos y militares*, extraídos del historiador portugués Juan de Barros. Se ocupó A. de C. del señor de Villeroy y del Duque de Barcelos. Finalmente, unos *Pedaços primeros de un discurso largo en las cosas de Alemania, España, Francia*, destinados a dar cuenta de la conducta política observada a la sazón por esas tres naciones.

El *Memorial* es lo «más notable» de cuanto A. de C. compuso. Salió por vez primera en 1633: Lisboa, Imprenta de Lorenzo Craesbeeck; se reeditó, muy modestamente, en Logroño, 1843. Son escasos los ejemplares conservados de una y otra edición.

En lo que atañe a su finalidad inmediata, este libro es «uno de tantos alegatos histórico-jurídicos como se componían por entonces en defensa de los supuestos derechos de personas, instituciones o localidades». Pero sucede que su autor ofrece en él bastante más de lo que el título promete: hace la historia de una ciudad.

A. de C. es un historiador fabuloso, que utiliza fuentes apócrifas y presta demasiado crédito a falsas leyendas y tradiciones. En su lenguaje no se advierten huellas del idioma portugués, pese a su dilatada estancia en aquella tierra, y sí se encuentran, en cambio, vocablos y giros típicamente riojanos.

Incluye el *Memorial* unos preliminares en los que, luego de las aprobaciones de rúbrica, Luis de Ulloa y Pereira —corregidor de Logroño a la aparición del mismo—, López de Zárate y hasta diez y nueve ingenios locales elogian en verso a A. de C., a su obra y a la muy noble y muy leal ciudad de Logroño. Curioso grupo literario provinciano de nuestro siglo XVII, sobre el cual ha informado cumplidamente José M.^a Lope Toledo (*La poesía en Logroño en el siglo de Oro*, artículo en *Berceo*, V, 1950, págs. 269-312).

La edición que comentamos ha sido realizada, con el rigor científico y la competencia en él proverbiales, por José Simón Díaz. Tipográficamente se ha conseguido un volumen de exquisita elegancia.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL. — **Toponimia prerrománica hispana.** (Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y ensayos, número 9). Madrid, Ed. Gredos, 1952.

En poco tiempo, por la calidad y especialización de sus publicaciones, la Editorial Gredos ha ocupado un puesto que no desdice del de otras casas extranjeras dedicadas a la difusión de libros filológicos.

Ahora nos ofrece un volumen en que el maestro de todos, D. Ramón Menéndez Pidal, reúne trabajos dispersos —y algunos inasequibles— sobre temas toponímicos. La toponimia es sirena tentadora en los estudios filológicos—el mismo don Ramón lo ha escrito en otra parte—; su canto enhechiza voluntades y son pocos los duchos en aplicar «la cera suavemente»; mas el sabio director de la Academia está libre de peligro: puede escuchar el canto, pues sabe desoírlo a tiempo. Y no es de extrañar la atención de Menéndez Pidal hacia estos asuntos: el topónimo es un ejemplo, en otro campo, de su teoría de lo tradicionalidad. Como un romance, el topónimo se transmite ininterrumpidamente de generación en generación, se difunde geográficamente, adopta variantes; llega a ser—recuérdense los versos de Unamuno—como una obra poética.

El libro abarca trabajos escritos hace tiempo (el primero data de 1918) y recientes contribuciones (la última vió la luz en 1952). Al reproducirlos ahora, Menéndez Pidal los ha completado con nuevos datos e interpretaciones y ha revisado alguna afirmación; por ejemplo, es más prudente en lo referente a las relaciones entre vasco e ibérico, término éste que conserva por pura comodidad, sin prejuzgar nada acerca del área y la diversidad de las lenguas prerromanas; «ibérico» equivale a «conjunto de lenguas prerromanas habladas en territorios extensos de la Península que nada tienen que ver con el de los antiguos vascones».

Los temas estudiados son variados. Sin embargo se pueden señalar tres centros fundamentales de atención. Uno, las huellas «ibéricas» (no europeas) en la toponimia, sobre lo cual citemos tres estudios: «Sobre las vocales ibéricas *e* y *y* en los nombres toponímicos» (nos gustaría conocer ahora la opinión del maestro ante la nueva interpretación de los sufijos *-oi* y *-os* que postula Rohlf's en AFA, 4 y RFE, 36), «Javier-Chávarri, dos dialectos ibéricos» (1) y «Sobre la toponimia ibero-vasca de la Celtiberia». Otros artículos se refieren a los vestigios célticos; así el sugestivo «La etimología de Madrid y la antigua Carpetania». El tercer foco de la atención de Menéndez Pidal reside en el rastreo del misterioso pueblo relacionable con Liguria e Iliria, que indagó ya Bertoldi; estos ambrones son estudiados en «Sobre el substrato mediterráneo occidental» y «Ligures o ambro-ilirios en Portugal». Citemos, por último, el estudio consagrado a «El sufijo *-en*», con añadidos y mapa muy ilustrativo.

Por independientes que sean entre sí estos estudios, no deja de percibirse una unidad que los traba orgánicamente. Esta unidad de criterio, el planteamiento penetrante y lúcido de tanta cuestión de paleolingüística—con la solución a veces—, el considerable y variado número de topónimos analizados (cuya lista va en índice alfabético de gran utilidad), hacen del libro obra cardinal, de imprescindible consulta, y la mejor introducción en el brumoso terreno de la Hispania prerromana, de la cual nos vendrá también en la lingüística, como en otros campos, la clave de fenómenos actuales.

La relectura de estos estudios, ejemplares de método y claridad de exposición, nos hace de nuevo desear que el proyecto, tan largamente acariciado por D. Ramón, de escribir la Historia de la Lengua Española, cuaje en pronta realidad.

E. A. LI.

(1) Sobre la distribución de *barri*, apunto *Arrúbal* en Logroño, que en *Cartulario de San Millán* (ed. Serrano, págs. 130, 305, 318) se escribe *Halubarri*, *Helubar*, *Alabubar*. En el mapa persiste el lapsus del delineante: «Aranda» por «Miranda de Ebro».

FERNANDO LAZARO CARRETER. — **Diccionario de términos filológicos**, (Biblioteca Románica Hispánica, Manuales 6). Madrid. Ed. Gredos, 1953.

Toda ciencia tiende a crear un vocabulario propio, cuyos términos estén libres de la fluctuación semántica del lenguaje conversacional y diario, con objeto de evitar ambigüedades o interpretaciones falsas. A esta necesidad responden, por ejemplo, la terminología linneana, las fórmulas químicas. La misma exigencia se siente en las ciencias del espíritu; pero los objetos de su estudio se prestan más difícilmente a una simbolización de tipo matemático e inequívoco. Por ello, su terminología es menos general que la de las ciencias físicas, y con frecuencia coexisten términos opuestos para nociones semejantes. La Filología, en su sentido amplio, es una de las ciencias espirituales donde la terminología es menos unitaria; cada escuela, cada investigador utiliza términos peculiares o bien los mismos pero con diferente alcance. Y esta diversidad no es la menor fuerza entorpecedora de la concordancia de métodos en la filología. El aprendiz de filólogo pierde mucho tiempo en orientarse sobre el mar terminológico: por ejemplo, ¿cómo distinguir sin vacilación, entre «fonológico», «fonético», «fonemático», «fónico», términos todos diferentes según el autor que los emplea? Conviene, pues, tener a mano un instrumento que resuelva con precisión y rapidez las dudas: un léxico de la terminología filológica, ya que los diccionarios normales no pueden ni deben detenerse en la explicación de tecnicismos muchas veces pasajeros.

En la bibliografía española no existía un libro de este tipo. Bien es verdad que teníamos el ya clásico «Lexique» de Marouzeau. Pero se limitaba a lo lingüístico. Además, en realidad, muy pocos estudiantes de nuestras facultades están en condiciones económicas o idiomáticas para consultarlo. Así, la publicación del *Diccionario* del doctor Lázaro Carreter, ya sólo por cubrir esta laguna, merece toda alabanza.

No era tarea fácil la elaboración de este *Diccionario*. Ya indica su autor en el prólogo la dificultad de tal labor. A pesar de sus temores, el resultado ha sido excelente: abundante colección de términos, en la que no creemos falte nada esencial; definición precisa, clara y sobria de cada noción, ejemplificada si es necesario; sana objetividad y criterio imparcial, huyendo de dar al libro tinte exclusivo de una escuela. En este sentido, no podemos menos de señalar la amplitud de espíritu del doctor Lázaro. En el libro encontramos la terminología de la

gramática tradicional y de la tan injustamente ignorada retórica, y a la vez los términos más nuevos de las últimas tendencias lingüísticas o estilísticas; lo mismo el *infectum* varroniano que el *plerema* glosemático, la vieja *epanadiplosis* que las recientes *pluralidades de correlación*. Junto a esto, la terminología de la métrica clásica y romance, y los nombres de los más importantes grupos de lenguas y dialectos del mundo. Además, cada término lleva su equivalente alemán, inglés y francés, siempre que éstos no sean olivios y asequibles.

Auguramos a este libro una acogida francamente favorable por parte de todos, docentes y alumnos, y felicitamos a su autor por la brillantez, exactitud y sobriedad con que ha sabido llevar a cabo su empresa.

E. A. LI.